

Donofrio, Andrea, *Érase una vez el eurocomunismo. Las razones de un fracaso*, Madrid: Tecnos, 2018, 434 pp.

“En España, durante cinco años se (ha) intentado lo imposible: una Monarquía sin monárquicos, un marxismo sin Marx, un comunismo sin Lenin, un capitalismo con el máximo intervencionismo estatal...”. Semejante sentencia fue escrita a inicios de los ochenta por el conspicuo Rafael Calvo Serer, notorio opusdeísta y opositor a Franco, miembro del Consejo Privado del Conde de Barcelona, presidente del Consejo de Administración del diario *Madrid* y publicitado compañero de viaje de la Junta Democrática, el organismo promovido por el Partido Comunista de España (PCE) en el verano de 1974 como herramienta de su estrategia de ruptura democrática. Quizá en aquella sentencia faltaba sumar la imagen de una Transición que devoraba, en un rito místico e inmisericorde, a alguno de sus artífices más notorios, entre ellos a dos de los alquimistas decisivos del cambio político: Adolfo Suárez y Santiago Carrillo.

La cita de Calvo Serer está incluida en el reciente trabajo que Andrea Donofrio, profesor de historia del pensamiento político de la Universidad Complutense de Madrid, dedica a uno de los experimentos más interesantes que vieron la luz a mediados de los años setenta: el eurocomunismo. Como bien nos recuerda el libro, aquella etiqueta tuvo, a partes iguales, un intenso eco mediático y una visible ambigüedad. De paternidad oscura, el término se popularizó rápidamente y parecía invocar la innovación política y el aire fresco. Propició un verdadero alud de ensayos y de comentarios de actualidad. Y con prontitud fue también acusado de burda estratagema, cuando no de puro engaño donde el lobo comunista no hacía otra cosa que disfrazarse de cordero demócrata.

El eurocomunismo incomodó a Moscú y a Washington. Sus apologistas echaron mano de abundantes precursores teóricos –evocaron a Rosa Luxemburg, a Antonio Gramsci, a Palmiro Togliatti o a Imre Nagy– y seleccionaron diversos antecedentes históricos. Los más lejanos podían llegar incluso a la socialdemocracia radical anterior al cisma de 1917, al espartaquismo y a la estrategia frentepopulista, a la noción de “república de nuevo tipo” manejada durante la Guerra Civil española o al modelo de democracia antifascista que cristalizó en Francia e Italia entre 1944 y 1947. Fue en ambos puntos, junto a España, donde el eurocomunismo se convirtió en estrategia oficial para sus respectivos partidos, unas organizaciones con una larga historia a sus espaldas y que parecían disfrutar, a la altura de 1976, de un relevante apoyo social y de prometedoras expectativas electorales. Y aunque otras formaciones como el Partido Comunista de Japón se subieron al carro eurocomunista, este siempre mantuvo un indiscutido aroma occidental. De hecho, otras peculiares etiquetas circunstancialmente empleadas para definirlo fueron las de “comunismo blanco” o “latín-comunismo”.

El subtítulo de la obra de Donofrio –“las razones de un fracaso”– da buena cuenta de uno de sus ejes vertebrales: intentar dilucidar la derrota histórica de un proyecto

nacido, al menos en apariencia, para todo lo contrario. Salvo el efímero paso en 1981 de cuatro ministros del Partido Comunista Francés (PCF) en uno de los gobiernos de Pierre Mauroy, bajo la recién llegada presidencia de Mitterrand, el eurocomunismo no tocó poder, e incluso en aquel caso puntual lo hizo muy en minoría y cuando el secretario general del PCF, Georges Marchais, ya había respaldado la intervención militar soviética en Afganistán (1979), desmarcándose así de la implícita coherencia eurocomunista. Ese 1981 fue un año crítico para el PCE: en enero tuvo lugar el congreso de su filial catalana (Partido Socialista Unificado de Cataluña, PSUC), donde se evidenció un clima de fragmentación orgánica y de ruptura ideológica como oscuro presagio de lo que habría de ser la próxima hecatombe del partido español. Poco antes, en noviembre de 1980, se había certificado el final de la estrategia del compromiso histórico en Italia. En las legislativas de 1983 el Partido Comunista Italiano (PCI) lograba poco más del 30% de los votos –en junio de 1976 había alcanzado el 34,1%, quedándose a tan solo cuatro puntos de la Democracia Cristiana–, mientras que los funerales de Enrico Berlinguer, celebrados en el centro de Roma en junio del año siguiente, sirvieron como postrera escenificación del PCI como gran partido de masas, pero igualmente de definitiva defunción de la línea eurocomunista en Italia.

Érase el eurocomunismo invita al lector a diseccionar aquel fenómeno desde muchas perspectivas posibles. Rehuyendo una simple crónica factual sobre lo político, y evitando una tediosa linealidad temporal en aras del análisis sugerente, el texto está concebido como un esfuerzo interpretativo y de síntesis. Quizá sea una exageración lo vertido en sus primeras páginas –afirmar que sufrimos una “ausencia de trabajos objetivos” sobre eurocomunismo–, tanto por lo que tiene de inevitable subjetivismo cualquier intento de corte reflexivo por historiarlo, como por la presencia de obras muy relevantes no dedicadas monográficamente al eurocomunismo, pero donde sí se ha abordado su emplazamiento cardinal en relación con el devenir del PCE durante la Transición. Ello queda atestiguado en el análisis de Juan Antonio Andrade Blanco, *El PCE y el PSOE en (la) transición*, o en el más reciente estudio conjunto de Carme Molinero y Pere Ysàs, *De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982)*. En todo caso, el libro de Andrea Donofrio añade un plus muy importante: el esfuerzo comparativo por localizar armonías y discrepancias en las políticas eurocomunistas del PCI, el PCE y el PCF, si bien la atención dedicada a este último es sensiblemente menor que la que reciben los casos español e italiano.

Tomando como punto de referencia esa peculiar coexistencia de tres ángulos de observación, *Érase el eurocomunismo* explora los rasgos esenciales de aquella propuesta –con especial atención a los asuntos capitales de la democracia y el respeto al sistema parlamentario multipartidista; o en lo referido a las tensas relaciones con la Unión Soviética del PCE y el PCI. El libro atiende también a la actitud de los partidos socialistas durante los años setenta (recuérdese que el eurocomunismo tuvo mucho de filtro, de celos y de mutuo rechazo entre las dos grandes variantes de la izquierda en Francia o España), o aborda con detalle los condicionantes que, en el corto plazo, permitieron alumbrarlo entre 1975 y 1977.

Una parte sustancial de la obra se dirige a entresacar sus raíces y antecedentes históricos, de nuevo muy especialmente en relación con la experiencia italiana (Togliatti y la teorización sobre las “vías nacionales”). Dicha reflexión deja entrever dos cuestiones relevantes una por lo que dice y otra por lo que elude. En ocasiones quizá no se diferencia muy bien la voz del autor de la voz de las fuentes que recupera y comenta en *Érase el eurocomunismo*, al reproducirse algunas semánticas añejas,

muy propias de la jerga comunista de los años setenta. En paralelo, ese recorrido histórico elude otros momentos que podríamos considerar como anti-antecedentes, o negaciones, de la ulterior deriva eurocomunista, siendo, por ello, especialmente atractivos. Me refiero a las virulentas políticas de “clase contra clase” y contra el “social-fascismo” propias del “tercer período”. O el peculiarísimo momento vivido tras el frentepopulismo, coincidiendo con el pacto germano-soviético. O, sobre todo, el glaxis discursivo y estratégico que tomó forma en todo el movimiento comunista desde 1947-48 coincidiendo con los inicios de la Guerra Fría y que afectó, por igual, al PCE, al PCF o al PCI.

En contraposición, no resulta extraño que 1956 constituya una fecha-imán tanto en la obra de Andrea Donofrio como lo fue en la propia reflexividad histórica de los años setenta, muy interesada por poner de relieve cómo el eurocomunismo representaba una forma de nueva política pero asimismo enlazando con una tradición histórica selectiva nutrida por ciertos hitos de relieve. En esta lógica no es casual que una antología divulgativa de bolsillo con textos de Santiago Carrillo publicada a finales de 1977 –e ilustrativamente titulada *Escritos sobre eurocomunismo*– arrancase con un discurso de 1957 centrado en explicar la política de reconciliación nacional y concluyese con otro, pronunciado en Sevilla exactamente veinte años después, donde el secretario general comunista abogaba por un gobierno de concentración con Unión de Centro Democrático y con el Partido Socialista.

Algo más del tercio final de *Érase el eurocomunismo* se centra en diseccionar, con gran pormenorización, los factores que condujeron al final del mismo, a revisar y explicar las numerosas críticas de que fue objeto y a considerar las razones de ese fracaso ya anunciado en el subtítulo de la obra. En este sentido, el autor realiza un claro esfuerzo por la sistematización y por desplegar una explicación que conjuga un difícil equilibrio entre esa mirada contrastada sobre el comunismo de la Europa Occidental mediterránea y las particularidades de cada deriva nacional. Una de las críticas coetáneas al eurocomunismo llegadas desde la izquierda –trastocada después en notable elemento de valoración historiográfica– tiene que ver con la consideración de que no fue más que un vano esfuerzo de tacticismo moderado que solo logró la desmovilización en las bases comunistas, un fallido enclaustramiento de sus élites en la esfera institucional y, a la postre, una incapacidad para convertir a los partidos comunistas en fuerzas decisivas. La imagen de la “interminable espera” en el caso del PCI es muy gráfica respecto a ese gradualismo sin rédito político.

Dicha cuestión enlaza, obviamente, con el juicio histórico dedicado al PCE durante la Transición. Un escenario pautado, como se ha recordado muchas veces, desde el indiscutido protagonismo comunista en la oposición antifranquista –el PCE no era un partido, era *el partido*– a los más que modestos resultados logrados en las elecciones de junio de 1977, a la imposibilidad de conseguir frente al PSOE la hegemonía en la izquierda, hasta acabar desembocando en la quiebra electoral, en la huida de militantes y en el descarnado enfrentamiento caínita. Los extremos explicativos de semejante secuencia están claros y se han reiterado con frecuencia. Por un lado, una perspectiva explicativa ha hablado de una Transición exitosa, con un Santiago Carrillo sacrificado pero erigido finalmente en estadista (aunque fuese un estadista sin cartera), o en “tesoro nacional”, según le tipificó Paul Preston al evocar los últimos años de homenajes al viejo dirigente. La otra perspectiva ha señalado a un PCE decididamente implicado en una estrategia suicida de corte desmovilizador, de renuncia a sus esencias identitarias y a su historia, donde el eurocomunismo no

habría sido más que una mera coartada y una retahíla de futuribles bienintencionados sobre espurias vías progresivas hacia el socialismo.

Frente a estas dos impresiones reduccionistas, como bien destaca Andrea Donofrio, el eurocomunismo se insertó en un complejo sumatorio de factores y es incomprendible sin tener en cuenta de qué modo se vio determinado por la complejidad de las coyunturas nacionales por donde transitó. A ello cabría enfatizar dos variables más en muchas ocasiones soslayadas: el peso de las percepciones y la relevancia de su posible potencial simbólico. Cualquier lectura de los textos orgánicos del PCE de 1977 o 1978 deja bien a las claras la trascendente percepción del riesgo de una regresión o de un repliegue involucionista con o sin golpe. Ese escenario se entendió como factor real que exigía de inacabables dosis de prudencia en el PCE. No está de más recordar la idea de Santos Juliá respecto a la Transición como multiplicidad de proyectos con imprevistos resultados. Y es que no es igual, obviamente, evaluar el proceso como ciclo finalizado y presumiblemente coherente que intentar ubicarnos en la problematicidad de su día a día, por no hablar de las distancias existentes entre esos momentos y las ulteriores políticas de hagiografía o de contra-memoria impugadora que empezaron a proliferar años después.

Quizá esa otra esfera del eurocomunismo como potencial dimensión simbólica es un aspecto que hubiese requerido algo más de peso en la obra de Andrea Donofrio, un texto que, como se ha indicado ya, supone una espléndida aproximación, desde una mirada de conjunto y de múltiples detalles, a aquella apuesta política. En lo referido a su virtualidad simbólica, la ambigüedad eurocomunista fue, quizá, una ventaja, o así al menos pudieron entenderlo sus artífices y apologistas. El reto era, particularmente en España, enorme, dadas las desconfianzas heredadas de un discurso anticomunista oficial y social que había durado décadas y que era necesario cortocircuitar. En este sentido, el eurocomunismo incorporó algo importante que, quizá, puede ayudarnos a entenderlo mejor: una carga de modernidad semántica y escenográfica que, con posterioridad, otras fuerzas de izquierda han tratado también de proyectar en sus respectivas lógicas discursivas y en sus apreciaciones sobre el pasado y el futuro. Recuérdese, en este sentido, los activos simbólicos manejados en la igualmente contradictoria trayectoria de Syriza –una fuerza que ha reivindicado en diversos momentos el ascendente eurocomunista– durante su paso por la oposición y el gobierno griego. O las concomitancias, esta vez críticas, que en palabras de Manolo Garí y Jaime Pastor, representaría el Podemos de 2019 como un “eurocomunismo redivivo”.

José Carlos Rueda Laffond
Universidad Complutense de Madrid.
jcrueda@pdi.ucm.es